



Monsiila (Ciudad Rodrigo).



García de Sierra (Burgos).

llamado desde el siglo XIII Colegio Cardenalicio.

Tarancón —el movable presidente de la Conferencia Episcopal española— no merece las simpatías de muchos católicos, lo mismo avanzados que retrógrados, por esa facilidad que tiene para no saber bien el ciudadano español dónde se encuentra su postura. Pero esta vez se ha marcado claramente entre las filas de los católicos de UCD, apoyados por la izquierda política. En una Carta pastoral de urgencia fue algo más allá de lo que se atrevieron a decir los obispos españoles reunidos en su XXX Asamblea. El conjunto episcopal del país se había puesto hábilmente en la cuerda floja; pero Tarancón por una vez se decidió a dar un paso adelante alineándose entre los que quieren que desaparezca en nuestro país todo vestigio de clericalismo, aunque no sé si efectuando este paso en forma un poco oportunista para gusto de los maliciosos que en todo quieren ver segundas intenciones.

Pero su actitud ha sido en mi opinión en esta ocasión clara, sin eufemismos ni vacilaciones diciendo: "la Constitución contiene lagunas, ambigüedades, defectos y casi contradicciones". "no es la Constitución ideal"; pero, "¿es esta razón

Cuatro militares, nueve obispos

CUATRO locos" con graduación en el Ejército crearon una tensión importante en el país. Nueve obispos la renovaron en la víspera constitucional. Son, evidentemente, elementos residuales de otros tiempos, y ofrecen una estadística escasa; aunque no se sepa todavía suficientemente cuántos otros locos coinciden, con mayor o menor producción, con los supuestos conspiradores, ni cuántas otras cafeterías en la nación tuvieron reuniones como la Galaxia de Madrid. No se ha tocado el fondo. Tampoco sabemos cuánto clero y cuánta feligresía hay detrás de estos prelados, que se apresuraron a adherirse a la carta política e intervencionista del cardenal primado, monseñor Marcelo González, en la que rompen abiertamente con la vieja disciplina eclesial al renegar de la nota de la Comisión permanente del episcopado en la que la Constitución aparecía dotada de "valores intrínsecos innegables" y como una aspiración a establecer "las bases de convivencia para todos las personas y pueblos de España", dejando, sin embargo, a los católicos, como corresponde, la facultad de "votar en conciencia".

Entre los valores positivos que los presuntos conspiradores y los obispos alzados han provocado está una actitud de rechazo de una mayoría, que hace unos meses resultaba peligrosamente indiferente y distanciada, y que ahora, uniendo estos acontecimientos a las manifestaciones de la extrema derecha, las declaraciones de don Blas Piñar y el apoyo de don Manuel Fraga Iribarne a todas estas formas de reacción vuelven a tener una noción de enemigo que les saca del sopor, y que les conduce a unas urnas que les fastidiaban y una Constitución que consideraban como derechista. Se ha regresado a una cierta tensión política, y ya cada uno sabe que tiene un puesto que cubrir.

Los valores negativos son exactamente los mismos: la noción de enemigo y la creación de una tensión política que excede de lo normal. Es indudable que los conjurados de la aventura de Galaxia, aun siendo la punta de un iceberg que puede tener sus cuatro quintas partes sumergido, no representan ahora al Ejército, que no ha dejado de mantener sus constantes en los últimos tiempos, como lo es también que nueve prelados, en un total de setenta que reúne la Conferencia Episcopal, no son la Iglesia. Pero a nivel popular, de un pueblo escocido y herido durante siglos, esta definición de viejos enemigos sea más totalizadora y con un sentido esquemático que es muy español se vuelva a hablar de estas dos fuerzas, el Ejército y la Iglesia, como elementos contrarios a las libertades individuales y colectivas, a las posibilidades de convivencia y a la cuestión esencial de dirimir las diferencias de los españoles —no sólo las políticas, sino también las económicas— por la vía civilizada de la democracia. Habrán sido estas minorías mínimas las culpables de esta nueva desconfianza, que puede retrotraer al pueblo —a la enorme amplitud de españoles de todas clases que llamamos pueblo— a sensaciones antiguas. La verdad es que la tríada clásica del viejo estilo, el Ejército, la Iglesia y el capital, están corpora-

tivamente en situaciones distintas de las históricas. El Ejército, que tiene su máxima representación en el Jefe del Estado y su mando supremo en el vicepresidente del Gobierno, teniente general Gutiérrez Mellado, mantiene, salvo las excepciones que se conocen, una línea constitucional de respeto al poder establecido; la Iglesia, en su más amplia comunidad, encuentra que la Constitución es una cuestión de la conciencia de cada cual, que no desea torcer, y el capital, en su mayoría también —salvo los escasos que estén sufragando ciertas actividades antidemocráticas— busca con buena fe un pacto económico que llegue a satisfacer a las dos partes del viejo litigio —dinero y trabajo— o, por lo menos, a reducir los choques y los perjuicios que puedan causarse mutuamente y, por consiguiente, a toda la economía española, a todos los españoles.

El pequeño núcleo militar, cuya actividad nos ha sido dada a conocer, está siendo considerado ya como presunto delincuente, y será la justicia de su cuerpo la que nos diga hasta qué punto es su culpa, hasta qué punto sus compañeros les repudian. Con el grupo eclesial no caben, naturalmente, esas medidas. Pero sí cabe la postura laica y cívica de rechazarla como intolerable. Este puñado de prelados del "nacionalcatolicismo", algunos de ellos combatientes de la guerra civil, todos con una biografía de dureza y de inflexibilidad para con los nuevos tiempos, críticos continuos desde la elevación de su rango de todas las políticas de conciliación y de entendimiento, alguno con aspiraciones lefebvrianas, todos con la esperanza de que el nuevo Papa dé la señal del retroceso que están esperando, no tienen lugar en la vida española. No tienen la representación del estamento que les da su peso y su autoridad.

En numerosas ciudades españolas se estará votando todavía cuando se publique este número de TRIUNFO. Hagamos para los ciudadanos todavía sin votar un último llamamiento en favor de esta Constitución tan intemperadamente atacada. Es ya una cuestión de defensa propia. Sepamos todos que cuatro locos y nueve obispos no representan el Ejército y la Iglesia, pero calculemos también cuál puede ser su fuerza de contagio que "infecte toda la manzana", utilizando a la inversa la frase de uno de estos prelados al definir los "gusanos" que puede haber en la Constitución. Ellos son los gusanos que pueden infectar toda una vida nacional, que trata de construirse pacífica y tolerante, abierta a todas las ideas y respetuosa con todas. Respetuosa, incluso, con la de estos obispos y este cardenal, en tanto que se definan como personas; pero inaceptable en cuanto puedan confundirse con la actitud global de la Iglesia española, que ha sido prudente y moderada, que ha aceptado incluso la ambigüedad para no interterir las conciencias de nadie.

Todo esto es un significado más del voto que estamos emitiendo. Que, como ya hemos indicado en otras ocasiones, ha superado su valor intrínseco —el de la aceptación o denegación de un texto que puede no gustar en parte o en todo— para convertirse en una defensa de los valores éticos de la democracia. ■

LOS VIEJOS ENEMIGOS